cuando la llamada 4T ha promovido consultas con votación directa, la ciudadanía no ha participado como esperaban: Convocaron a la consulta para juzgar a los expresidentes de la República y sólo salió a votar el 7% de la lista nominal; y promovieron la figura de la "revocación de mandato" –ya contemplada en el artículo 35 constitucional– y la participación apenas alcanzó el 17%, principalmente por el disfraz con que presentaron la consulta, preguntando si "querían o no que el presidente López Obrador permaneciera en el poder". Ni siquiera se acercaron a la cifra del 40% de participación establecida en la Constitución para que una consulta sea vinculante.

Hoy no existe motivo ni razón para suponer que la participación vaya a incrementarse. Por eso han puesto a trabajar activamente su maquinaria partidista, intentando afiliar de forma súbita –y a última hora– a miles de mexicanos, con el propósito de estimular la participación y generar conciencia ante las prisas de los tiempos y las urgencias oficiales.

La realidad es que a la 4T se le están desmoronando sus principales argumentos ideológicos, aunque no lo reconozcan.

Ya no tendrán a quién culpar del posible fracaso en la participación electoral. El pasado ya son ellos mismos, con casi ocho años en el gobierno. Tampoco pueden culpar a sus adversarios incrustados en los partidos políticos. Mucho menos al "Neoliberalismo", ese "ajonjolí de todos los moles" del nuevo gobierno, su espantapájaros favorito y al que de todo han culpado sin analizar bien la historia de México.

Una razón fundamental los delata: si el llamado neoliberalismo no les hubiera heredado el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, México estaría enfrentando sanciones peores que las que hoy afectan a China y Vietnam en materia arancelaria.

Pero no lo reconocen porque primero están sus dogmas y su ideología. La realidad que se espere, al fin que ya habrá tiempo de enfrentarla parecen decir.

Saben que, si admitieran siquiera un mínimo de esos avances como el original TLC, firmado en 1993, sus consabidas consignas del "segundo piso" y de su imaginada "revolución de las conciencias" (que sólo ellos entienden) quedarían relegadas, y en riesgo de extinción. Porque, a pesar del tiempo transcurrido, no se han dado a la tarea de elaborar un marco político y jurídico que justifique de fondo la mayoría de sus decisiones y programas. Se limitan a presumir su mayoría aplastante y el poder para transformar la Constitución y las administraciones públicas en instrumentos de decisiones personales o de grupo.

Ahí radica su gran preocupación por la próxima elección judicial y por la posibilidad real de que mucha gente no vote, llevando al fracaso su verdadera intención.

Están cosechando lo que sembraron. Sin duda.

*** Presidente de la Fundación Colosio. Correo: bulmarop@gmail.com**